

MARTIN
COSH

ÁNGELES EN EL INFIERNO

© Martin Cosh, 2022

ISBN-13: 979-8-4344-6945-6

Diseño de cubierta: Martin Cosh

Asesoría literaria: Víctor J. Sanz

Maquetación:

Mariana Eguaras - Consultoría editorial

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mis seres queridos. En especial a mis
padres, a mi hermana y a esa persona
especial que siempre me acompaña.*

*Gracias a todas esas personas que han hecho posible
esta segunda entrega de la saga Luz entre tinieblas.*

*Gracias a mi entrañable amigo, mentor y corrector,
Víctor J. Sanz. De nuevo hemos hecho lo imposible.
Gracias por todo tu tiempo, paciencia y dedicación.*

*Gracias también a Mariana Eguaras. Por tu
tiempo, tu talento y tu gran profesionalidad.
Es un placer trabajar contigo.*

*Gracias a mis lectores. Porque vosotros sois lo que me
motiva a mejorar y a ir siempre un poquito más allá.*

*Por último, gracias a mí mismo. Por no
haberme rendido nunca, por mucho que la
vida se hubiese puesto cuesta arriba.*

A todos vosotros, GRACIAS.

I

—Hola, mi amor... —murmuró malherida.

—Nathbel... Lo siento... Lo siento muchísimo... —respondió él con la mirada empañada.

—Lo sé...

—Es el fin, ¿verdad?

—Sí... Me temo que sí...

Por primera vez, Nathan percibió en sus ojos el terrible sentimiento de la muerte y de la derrota. La horrible y desgarradora expresión de quien acepta su final con dignidad y resignación.

Aquella noche, sentado en su salón en compañía de Mike, le pareció que algo le inspiró la solución que llevaba tanto tiempo buscando. Un fuerte latido le habló de esperanza, de luchar hasta el final y de creer que no todo estaba perdido. Quizá, todavía quedaba algún renglón más por escribir, aunque fuese a mano, con tachones y algo torcido.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?! —Nathan se incorporó de inmediato.

—¿Qué ocurre?! ¿En qué estás pensando, muchacho?! —preguntó agitado el anciano.

—¡Puede que sea una locura! —dijo asombrado en un esfuerzo por comprender el plan que su cabeza urdía a gran velocidad.

—No entiendo nada. ¿Se puede saber qué se te ha ocurrido?!

—No lo tengo claro...

—Pero...

—¡Mike, hazme caso, por favor! Si funciona, te enterarás —le interrumpió Nathan con gran excitación.

—Está bien, como prefieras —contestó con resignación—. ¡Dios santo, hijo! ¡Todavía no salgo de mi asombro con tu historia! —exclamó inquieto en su asiento.

—Me lo figuro. Yo llevo tres años intentando asumir que todo fue real.

—A mi edad, estas cosas a uno le pueden llevar a la tumba de tomárselas en serio. No me malinterpretes, por favor. Quiero creerte, de verdad que sí. Pero...

—No te disculpes, Mike. Lo comprendo. Perdona si he tenido poco tacto al contarte todo esto —se disculpó pensativo—. Te mostraré algo, dame un segundo —dijo antes de perderse escaleras arriba. Al cabo de unos minutos se sentó de nuevo frente a él—. Mira.

—¡Nathan! ¡¿Eso es...?!

—Sí. El Ojo de Onthar... —contestó mientras le dejaba el colgante entre las manos. Mike se percató de la expresión melancólica que se reflejaba en los ojos de Nathan—. Te enseñaría las cicatrices de las muñecas, pero Nathbel me las sanó por completo.

—Eso no sería necesario bajo ningún concepto, muchacho. Qué amuleto más fascinante... —comentó en voz baja tras ponerse las gafas y examinarlo de cerca.

—Sí, los símbolos rúnicos le dan ese aspecto esotérico.

—¿Y con esto consigues dormir?

—Lo conseguía, sí. Ahora no lo necesito, aunque siga teniendo pesadillas terribles por los malditos recuerdos. Hay cicatrices que se quedan marcadas en el alma y nunca sanan... Por desgracia, ahí el amuleto no puede hacer nada.

¹ Si el lector desea conocer más detalles, recomiendo la lectura de la primera parte de esta historia, publicada bajo el título de *Luz entre tinieblas*.

—Reflexionando sobre tu historia, me surgen muchas preguntas. ¿Qué ocurrió con esa chica...? Noah, se llamaba, ¿no?

—Cuando logré reponerme de la terrible pérdida de Nathbel, entre Eveline y yo llevamos su cuerpo hasta la cabina. Le hicimos un torniquete en el brazo para que dejara de sangrar y después huimos en el coche de Nathbel, que, por suerte, consiguió arrancar. La llevamos hasta su todo terreno volcado y llamamos a las autoridades. Todo quedó como un accidente fortuito y sus heridas se tomaron como una consecuencia del choque. Ella se recuperó con el tiempo y volvió a llevar una vida normal.

—¿Llegó a recordar algo?

—No. La policía la interrogó acerca de lo ocurrido, pero no recordó nada. Le diagnosticaron amnesia postraumática. Jamás sabrán que en realidad se debe a un motivo bien distinto.

—¿Y volviste a ver a esa muchacha por la universidad?

—Sí... Ya lo creo que sí. —Resopló—. Pero no me reconoció. Nunca volvimos a hablar. Intenté cruzarme con ella lo menos posible. Imagínate... Cada vez que la veía revivía todo en un instante. No era nada agradable.

—Lógico, muchacho. —Una mirada pensativa acompañó el silencio de Mike—. Respecto a Nathbel...; la recuerdas mucho, ¿verdad?

—A cada instante. No hay un solo momento del día en el que no la tenga presente. Incluso puede que esté aquí ahora mismo, sentada con nosotros. Imagínate lo frustrante que es para mí saberlo y no poder tocarla, abrazarla, besarla...

—Debe de ser desgarrador.

—Sí... Aunque sepa que está conmigo, aunque sepa que ella está a mi lado... Me es imposible no sentir su vacío. En estos años, he aprendido a convivir con su ausencia y su silencio. Pero es peligroso. Tal vez, con el paso del tiempo, me surjan dudas sobre si realmente sigue aquí conmigo o si, por el contrario, ya se ha ido —susurró cabizbajo.

—Cuánto lo lamento, Nathan. Debe de ser duro que tu corazón sepa que ella está contigo, pero todos tus sentidos te dicen lo contrario.

—Sí... Se hace muy difícil... —susurró.

—Te entiendo muy bien. Yo pasé por lo mismo cuando falleció Ezel. La sentía conmigo a cada instante del día... —dijo apenado su anciano amigo—. Con el tiempo asumí su pérdida, pero lo tuyo... Lo tuyo todavía es muy reciente.

—Han pasado tres años desde lo ocurrido y todavía no he olvidado ni el más mínimo detalle. Especialmente por vivir aquí —dijo Nathan mirando al techo—. Cada rincón me trae un recuerdo.

—Me figuro que será un calvario para ti.

—Sí... Con frecuencia me vienen a la mente imágenes terribles. Otras veces no tanto. Al final he aprendido que también tiene su lado bueno, porque mantiene vivo el recuerdo de Nathbel. Por suerte o por desgracia, está ligada a ellos.

—Visto así...

Un silencio pensativo se apoderó de ambos. De Mike, al intentar asimilar todo lo que estaba escuchando, y de Nathan, al notar cómo se removían todos sus sentimientos.

—Me acuesto en un lado de la cama imaginando que ella se tumba con delicadeza y me rodea con sus brazos. A veces, creo sentir su calor, el perfume de su piel y su suave respiración. Cada mañana, nada más despertar, deseo encontrarla durmiendo plácidamente junto a mí.

—Entiendo que desde que se fue no has vuelto a saber nada de ella...

—No. Ella volvió a ser un ángel. Adoptó de nuevo su forma espiritual y, desde entonces, vivo con su ausencia. Quiero creer que sigue a mi lado cada día. Esa es mi fuerza y mi tormento.

—Y después de tres años... ¿Sigue intacto su recuerdo en ti?

—La recuerdo como si la hubiese visto ayer.

—Por curiosidad, ¿crees que nos puede estar escuchando ahora?

—¡Claro! ¿Por qué no? ¿Eh, Nathbel? ¡¿Estás por aquí?! —

dijo Nathan en voz alta, para después sentir el frío silencio del salón—. Y así, una vez tras otra. Siempre la misma respuesta... —terminó en un suspiro roto—. Pero ahora tengo una idea. Sí... Ahora todo puede cambiar... —murmuró con esperanzas renovadas.

—¿De verdad no puedes decirme de qué se trata? —volvió a intentarlo el anciano.

—No. De momento no.

—¡¿Ni siquiera algún pequeño detalle?! —insistió intrigado.

—No, ni eso. ¡Mike, creí que lo habías entendido! —dijo Nathan con una sonrisa.

—Está bien, está bien. Como prefieras —dijo al darse por vencido.

—¡Ahora debo marcharme!

—¡¿Ahora?! ¡¿A dónde?! —

—Me voy a la ciudad —contestó mientras buscaba su abrigo.

—¡¿Qué?! ¡¿Has perdido el juicio, muchacho?! ¡Mira el tiempo que hace! No creo que sea lo más sensato.

—Bueno, reconozco que hace frío y es tarde. Pero tampoco lo veo un motivo.

—Te puedes encontrar placas de hielo en la carretera. ¿No puedes dejarlo para mañana? —insistió angustiado.

—Supongo que podría dejarlo para mañana, sí... —dijo pensativo.

—¡Desde luego que sí! Ahora mismo sería una imprudencia —suspiró aliviado el anciano antes de que se le escapase un bostezo.

—De acuerdo, te haré caso. Lo dejaré para mañana. Oye, Mike, te noto cansado.

—Sí, lo cierto es que sí. Aunque, gracias a tu historia, hoy me costará dormir. Caray, hijo, eres una caja de sorpresas. ¿Sabe alguien más tu secreto?

—¡No! ¡Y debe seguir siendo así!

—Tranquilo, tranquilo... Era mera curiosidad.

—Vamos, te acompaño a casa —dijo Nathan mientras le ayudaba a ponerse el abrigo.

Afuera la noche era desapacible. El ambiente frío y húmedo castigaba las solitarias calles de SoulFallen. El silencio de la madrugada se había apoderado de ellas horas antes y la oscuridad reinaba a sus anchas por los tortuosos callejones. El crujido de las finas capas de hielo bajo sus pies los acompañó durante todo el camino.

—Mike, muchas gracias por haberme escuchado. Eres la única persona a la que he contado mi historia.

—¿Y cómo te sientes, muchacho? ¿Te ha servido de algo?

—Sí... Me ha servido para revivir el recuerdo de Nathbel. Cómo echo de menos todas las sensaciones que me regalaba... Ella mejor que nadie sabía hacerme sentir especial y también muy afortunado por tenerla a mi lado.

—Buena virtud esa en una mujer —dijo Mike abriendo la puerta de su casa.

—Por eso era Nathbel. Créeme que no se puede describir con palabras la mujer tan maravillosa que era.

—Nathan, permíteme decirte una cosa —comentó girándose hacia él—. Puedes tomártelo como un consejo de amigo. Si yo fuese tú me sentaría a meditar la situación. Si ves que esa idea que tienes en mente puede funcionar, adelante. Lucha con todas tus fuerzas. De lo contrario, tal vez sea hora de pasar página y comenzar a escribir un nuevo capítulo en tu vida.

—Lo sé, Mike. Pero me es imposible darme por vencido cuando se trata de Nathbel. De todas formas, gracias. Muchas gracias —dijo dándole un abrazo.

—No hay de qué. —Le palmeó la espalda con suavidad—. Me tienes para lo que necesites.

—Descansa mucho, Mike.

—Tú también, muchacho.

Nada más despedirse, Nathan regresó a su casa dando un lento paseo bajo el frío de la noche. Aquellas palabras de su viejo amigo le turbaron. ¿Pasar página y olvidarse de Nathbel? No. Jamás. Nathan no estaba dispuesto a eso.

A la mañana siguiente, el sol del amanecer todavía no se alzaba por las lejanas colinas cuando Nathan se despertó. Para entonces, Larky ya le observaba agitando el rabo desde el colchoncito donde dormía. Sin pensárselo dos veces, se levantó de la cama y observó el cielo a través de la ventana.

—Hoy será un día diferente... —Lanzó un profundo suspiro de esperanza mientras esbozaba una sonrisa como hacía tiempo no se le veía.

Después de haberse tomado el primer café del día, se dio una cálida y relajada ducha que le ayudara a desprenderse de su pereza matinal. Cuando terminó, se detuvo unos instantes a observar su reflejo; quería encontrar la mirada de aquel hombre despiadado que le odiaba desde la profundidad del espejo. Pero aquella vez fue diferente. Aquel hombre había cambiado. Ya no irradiaba odio ni desesperación. No. El brillo de una nueva esperanza vestía su mirada y hacía que irradiase de confianza su corazón. Tal vez la reconciliación no estuviese cerca de ocurrir, pero ambos tenían una idea con la que volver a soñar, con la que volver a reír.

Pasó algo menos de una hora desde que salieron del pueblo hasta que se encontraron parados en el primer semáforo de la ciudad. Cruzaron las viejas y antiguas calles que tantos y tantos recuerdos le evocaban a Travis y a sus días de universidad.

—Aquí es... —se dijo deteniendo la camioneta delante de una vieja casa. Durante unos segundos la observó con gesto serio. Una sensación incómoda le agitó al verla de nuevo después de tanto tiempo—. Espera aquí, ahora vuelvo —le advirtió a Larky antes de bajarse del vehículo.

Se aproximó a la carcomida puerta de madera de la casa de Madame Binot y se sorprendió del estado tan viejo y cochambroso en que se encontraba la fachada. No recordaba que estuviera tan deteriorada la última vez que estuvo allí, aunque bien era cierto que de eso hacía ya mucho tiempo.

Llamó a la puerta con la esperanza de que apareciera Eveline con su estrafalaria indumentaria de trabajo. Se sentía nervioso. Sería la primera vez que la volvería a ver después de que sucediera todo aquello. Tras esperar varios segundos y no oír nada dentro, volvió a llamar de nuevo. Al no contestar nadie, se asomó por la ventana que daba a su salón y observó la oscuridad del interior.

—No te molestes. Ella no está —escuchó una voz a sus espaldas.

Se giró sorprendido y reconoció a la vecina de Madame Binot. Aquella situación le resultó muy familiar.

—¿Sabe si volverá pronto?

—Eveline no volverá, hijo. Hace dos años que falleció.

—¿Cómo dice?! —Su respiración y su corazón se detuvieron al mismo tiempo.

—Sí, lo lamento.

—¿Pero...?! ¿Cómo?! ¿Qué ocurrió?! —Se acercó a ella incrédulo.

—Una tarde escuché a Eveline decir que la iban a operar...

—¿Y luego?! ¿Qué pasó?!

—Jamás regresó del hospital...

Un profundo dolor le desgarró el pecho, a la vez que un sentimiento de culpabilidad le invadió por completo. Se sintió hundido por no haberla visitado después de todo lo que le ayudó.

Al enterarse de que Madame Binot había fallecido, fue consciente de que la idea que tenía planeada también acababa de morir. Nadie, excepto ella, podría llevarla a cabo. Abatido, regresó a la camioneta donde le esperaba Larky impaciente.

—Eveline... —Sollozó con los ojos llenos de lágrimas apoyando la frente en el volante mientras lo agarraba con fuerza. Le vinieron a la mente las heridas que sufrió en su lucha con el demonio, pero tampoco lo entendía, porque con el tiempo se recuperó. Supuso que las secuelas habrían sido más graves de lo que parecían—. Regresemos a casa... —susurró hundido.

Antes de ponerse en marcha, lanzó una última mirada a la vieja casa donde empezó todo. Contempló aquella puerta que tiempo atrás cruzaron Nathbel y Eveline y que ya no volverían a cruzar ninguna de las dos.

Con el corazón hecho añicos, Larky y él se alejaron rumbo al piso de sus padres para cerciorarse de que todo seguía en orden. Nada más entrar, observó la penumbra que creaban las persianas bajadas de las habitaciones y del salón. La tranquilidad y la quietud le rodeaban y, en silencio, le vinieron a la mente los recuerdos de Nathbel al recorrer con la mirada toda la casa. Luego se dirigió a su habitación y encontró sobre su cama el jersey que ella llevó puesto la última vez que la estrechó entre sus brazos. Lo abrazó con fuerza hasta hundir su cara en él. Para su sorpresa, todavía conservaba el aroma inconfundible de Nathbel. Lo contempló con tristeza, y dudó si sería buena idea llevárselo con él.

«Sí... Te vienes conmigo...», pensó al colocárselo sobre el hombro antes de abandonar el piso.

Cerca de SoulFallen, observó el camino que conducía hasta la biblioteca, y su rostro se iluminó.

—¡¡Claro!! ¡¡Rose Marie!! —gritó dando un fuerte volantazo.

Después de varios minutos de trayecto en el que atravesaron espesas arboledas, llegaron a su destino. Nathan y Larky se bajaron del vehículo y se acercaron hasta las grandes puertas de madera de la entrada principal. Con gesto serio,

observó las profundas marcas que dejó Abhadon la noche que estuvo allí. Marcas que agitaron sus terribles recuerdos de aquella fatídica noche en la que le vio por primera vez. Tras agitar la cabeza con fuerza, consiguió que dejaran de atormentarle en sus pensamientos.

—¡Cerrada! ¡¿Cómo es posible?! Qué extraño. Iremos a buscarla a su casa.

No tardaron mucho en llegar. Aparcó frente a la casita de campo rodeada de frondosa arboleda y de soledad.

—Parece que aquí tampoco hay nadie —susurró al acercarse. Llamó a la puerta con insistencia y esperó varios segundos para intentarlo de nuevo, pero obtuvo la misma respuesta—. ¡¿Qué diablos ocurre?! ¡¿Qué ha pasado con las personas en las que confío?!

El pánico se apoderó de Nathan al pensar en la posibilidad de una lenta y silenciosa venganza de Abhadon.

Regresó a la camioneta inquieto por la extraña situación que estaba viviendo. En el momento en que se alejaba, algo le llamó la atención. Observó por el retrovisor cómo se abría la puerta de la casa y salía Rose Marie protegiéndose los ojos del sol, que la cegaba. Una alegría desmesurada invadió el corazón de Nathan al ver a aquella anciana intentando reconocer quién era él desde la entrada. Emocionado, detuvo el vehículo con brusquedad.

—¡¡Rose Marie!! —Se acercó a todo correr seguido de Larky.

—¡¿Nathan?! —dijo ella a la vez que salía a su encuentro.

—¡Hola, Rose Marie! —La saludó con un fuerte abrazo.

—¡Nathan, muchacho! ¡Qué alegría! —respondió ella—. ¡Has tardado mucho tiempo en visitar a esta vieja bibliotecaria!

—Sí, lo lamento muchísimo, Rose Marie. Me hubiese gustado haber venido antes, pero los recuerdos me lo impedían...

—Me lo figuro. No hace falta que te excuses. Pero ¡mírate! ¡Estás aquí! Antes de continuar hablando, quiero decirte

que me siento muy orgullosa de ti. Eveline me contó todo. Fuiste muy valiente.

—Solo hice lo que debía y sentía —contestó Nathan sin ganas.

—¡Y eso es admirable! ¡Sacrificaste tu propia vida!

—Lo hice por Nathbel.

—Sí, Nathbel... Esa muchacha te amaba, Nathan —lamentó la anciana con mirada triste—. Sus ojos brillaban cada vez que te miraba.

—Rose Marie, mejor dejémoslo para otro momento. Por cierto —se detuvo durante un segundo—, lamento mucho lo de Eveline —comentó con profunda tristeza.

—¿Lo lamentas? No te preocupes, hijo. Ahora está mucho mejor.

—Supongo que sí...

—Fue decisión suya, y había que respetarla.

—¡¿Cómo?! ¡¿Decisión suya?! ¡¿Se suicidó?!

—¡¿Suicidarse?! ¡¿A qué te refieres?!

—¡A la muerte de Eveline! ¡¿No falleció tras la lucha con Abhadon?!

—¡Hace falta mucho más que un simple demonio para acabar conmigo, muchacho! —dijo Eveline al salir del interior de la casa con una gran sonrisa y con los brazos abiertos.

—¡¡Eveline!! ¡¡No puede ser!! ¡¡Es usted!! —dijo emocionado mientras corría a abrazarla.

—¡Con cuidado, Nathan! Con cuidado... Esta vieja médium ya no está para tanto trote. ¡Y no me llames de usted, que me echas más años encima!

—¡De acuerdo! —Rio alegre—. ¡¿Se puede saber qué te ocurrió?!

—Me operaron.

—¡¿De qué?!

—De cataratas. Apenas distinguía al gato de la plancha. Supe que era conveniente hacerlo el día que intenté introducir su cola en el enchufe.

—¡Pero yo creía que estabas...! Ya sabes...

—¿Muerta? ¡¿Qué tontería es esa?!

—Tu vecina me dijo hoy que habías fallecido.

—¡Bobadas! Esa vieja chismosa... ¡Eso es lo que ella quisiera! Nunca nos caímos bien —se quejó con el ceño fruncido—. ¡Esto es inaudito! Faltas dos años de tu casa, ¡y se piensan que has estirado la pata! —Se giró indignada hacia Rose Marie, a lo que ella le respondió encogiéndose de hombros—. ¡Pero déjame que te vea bien, ahora que puedo! Caray, ¡tienes un magnífico aspecto! ¡Estás más fuerte desde la última vez! Aunque un poco pálido y ojeroso...

—Gracias. Tres años dan para mucho.

—¡Larky! ¡Que no te he saludado! ¡Qué bien se te ve a ti también! ¿Te curaste la patita? —le dijo acariciándole.

—Sí... Al pobre también le costó lo suyo. Todos quedamos hechos una mierda.

—No se vence a un demonio así como así, muchacho... Ahora pasemos y pongámonos cómodos —le invitó la médium.

Una vez dentro se sentaron en el salón con un café en la mano.

—¡¿Cómo es que llevas más de dos años sin aparecer por tu casa, cual veinteañera, Eveline?! ¿No te da vergüenza hacer esas cosas a tu edad? —bromeó Nathan antes de dar el primer sorbo a su bebida.

—Lo primero es lo primero... —dijo la anciana dándole un capón—. Esto por tardar tres años en venir a vernos. ¡Tú sí que tienes poca vergüenza!

—Lo lamento —contestó rascándose la cabeza.

—En cuanto a tu pregunta... Después de operarme, reflexioné y me di cuenta de que, si algún día me ocurría algo o necesitase de alguien, no tendría a nadie que pudiese socorrerme. Igual que le pasaría a Rose Marie. Así que le propuse vivir aquí las dos juntas. El resto puedes imaginártelo. ¿Y a ti? ¿Qué tal te va todo? ¿Sigues teniendo pesadillas?

—Sí, pero no son como las de antes. Ahora se repiten muchos recuerdos. Unas veces sueño con la pérdida de Nathbel. Otras lo hago con Abhadon, con Travis o con mis abuelos.

—Tranquilo, desaparecerán con el tiempo.

—Eso espero. Lo importante es que, aun así, logro descansar un poco.

—¿Sigues viviendo en la ciudad?

—No. Ahora vivo en el pueblo, en casa de mis abuelos.

—¡¿Con alguien más?!

—Sí, con Larky.

—¿Estás loco, Nathan? —Eveline se incorporó hacia él—. ¡¿Cómo se te ocurre vivir allí solo?! ¿Acaso te gusta sufrir?

—No, pero aquella casa mantiene vivo el recuerdo de Nathbel. Así que tiene su parte buena.

—Y su mala también.

—Sí...

—Mírame, Nathan —le pidió Madame Binot.

Reticente, miró a los ojos de la médium, que no dejaban de escudriñarle la mirada, como si buscasen algo dentro de él.

—Nathan, debes empezar a superar todo lo que ocurrió.

—Lo sé.

—Pero cuando digo *todo*, incluyo también a Nathbel... Debes olvidarla para seguir adelante con tu vida.

—¡¿Cómo me pides eso sabiendo lo que significa para mí?! —respondió molesto al escuchar su consejo.

—Hijo, no te lo tomes a mal. Lo digo por tu bien. Ella no volverá jamás... ¿Crees que le gustaría verte así? Estoy segura de que te diría lo mismo.

—¡Me da igual! ¡No pienso olvidarme de ella! —contestó tajante.

—No seas cabezón, muchacho. ¿No te das cuenta de que te estás condenando a la soledad de por vida? Por desgracia, en esta situación no hay nada que puedas hacer, Nathan. Y debes asumirlo cuanto antes.

—Tal vez no haya dicho mi última palabra... —dijo con tono misterioso.

—Te aconsejo que, por tu bien, retomes tu vida y que conozcas a una buena chica con la que emprender una bonita historia de amor.

—¡¡Maldita sea!! —Apretó los puños en un arrebato—. ¡¡Esa ya la he emprendido con Nathbel!! —dijo al ponerse en pie. Nathan no quería pensar siquiera en la posibilidad de perderla para siempre.

—¡Calma, Nathan! Calma... Comprendo que sea muy duro para ti. Nadie dijo que esto sería fácil, pero olvidarla es lo mejor que te puede ocurrir.

—¡Lo mejor que me puede ocurrir es tenerla otra vez aquí!

—Eso es imposible, Nathan... —insistió Madame Binot con un suspiro de paciencia.

—Tal vez no lo sea...

—Percibo que intentas decirme algo desde hace un rato. —La médium entornó los ojos astutamente.

—Sí, así es.

—Te escucho —contestó encendiéndose un cigarrillo.

—Creo que tengo una idea para hacer que regrese Nathbel.

—¡¿Cómo dices?! —respondió sin entender nada—. Nathan, te repito que eso es imposible.

—Quizá no lo sea si... —dijo pensativo.

—¿Si...?

—Si me descubro frente a los demonios —sentenció.

Una expresión de horror apareció en el semblante de la anciana al intuir lo que pretendía.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! Muchacho, falta bastante cordura en tus palabras —respondió la anciana recolocándose el turbante.

—¡No, Eveline, escucha! Tal vez si tentamos a los demonios y conseguimos que vuelvan a seguir mi rastro, ¡puede que Nathbel regrese para protegerme!

—¿Cómo?! ¡Ni hablar!! —gritó levantándose de su asiento—. ¡Menudo disparate!! —Hizo aspavientos en el aire—. ¡Nathan, te recuerdo que la última vez casi perdemos todos la vida! ¡Y tú estuviste muy cerca de hacerlo! Gracias a que Nathbel estuvo allí para salvarte. ¡Bajo ningún concepto vamos a tentar de nuevo a la suerte!!

—¡Pero, Eveline!

—¡No!! ¡De ninguna manera!! —gritó la médium con mirada desafiante—. ¡Pretendes jugar con fuerzas desconocidas, muchacho! ¡No debemos tentar a los demonios para ponerlos de nuevo bajo tu pista! ¡Se han perdido vidas inocentes, Nathan! ¡Inocentes, por el amor de Dios! —dijo con un leve golpe en la mesa—. ¡Tus abuelos, Travis, sus padres...! ¡Ha costado muchísimo sufrimiento que podamos estar hoy aquí!

—¡Eveline, yo aún sigo sufriendo, maldita sea!!

—¡Pero sano y salvo!

—¡Pero sin esperanza!

—Pero sin miedo.

—Sí..., pero sin vida... —susurró mirándola a los ojos—. Por favor, ayúdame...

—Lo siento, hijo. No voy a formar parte de esta insensatez. Y menos aún si eso implica poner en juego nuestras vidas.

—Eveline... Por favor...

—Nathan, ¿no te das cuenta de que es una locura? ¡Hace tres años luchamos con todas nuestras fuerzas y estuvimos a punto de morir todos por salvarte! ¡Y ahora pretendes poner en peligro tu vida de nuevo?! ¡Es una auténtica locura!

—Eveline...

—¡Nathan, no! No me pidas ese favor. Por tu propia seguridad y por la de todos debo negarme.

—¡Es mi vida, maldita sea!! ¡Yo decido qué hacer o no hacer respecto a ella! ¡A fin de cuentas, solo repercute en mí!

—¡Ahí te equivocas, muchacho! ¡También repercute en todos los que te apreciamos! Te recuerdo que no estás solo en todo esto.

—Lo sé. Pero debo mirar por mi vida, por mi felicidad.

—Nathan, te seré sincera. Si los tentamos y volvemos a ponerles bajo tu rastro no sé cómo terminará esto. Me da pánico pensar que se lo tomen como un desafío. ¡Las consecuencias podrían ser fatales! ¡Quién sabe lo que podrían llegar a hacer! Y desconocemos si eso traería de vuelta a Nathbel.

—¡Tenemos que intentarlo! Correré ese riesgo.

—Estoy convencida de que ella lo desaprobaba.

—Eveline, ¿tan difícil es entender que necesito tenerla a mi lado para volver a vivir?

—¿A pesar de arriesgar tu vida otra vez?

—Sí. Aun así... —dijo convencido.

Al verle tan decidido, la anciana comprendió que Nathan sería capaz de cualquier cosa con tal de traer de vuelta a su amada, lo que le provocó un profundo suspiro. ¿Quién era ella para condenar a alguien a morir en vida? No. No podía. El aprecio que le tenía a aquel joven que le suplicaba por su felicidad era más fuerte que su conciencia de hacer lo sensato y lo correcto.

—Sé que me voy a arrepentir —se lamentó la anciana negando con la cabeza—. Pero está bien, Nathan. Lo intentaré...

—¡¡Gracias, Eveline!! —exclamó antes de comerse a besos a la vieja médium.

—¡Aparta, tormento, aparta! ¿Te has planteado qué harás si Nathbel no regresa? Porque te repito que no es seguro que lo haga.

—Por lo menos lo habremos intentado.

—Quedaríamos en una situación muy peligrosa.

—Lo sé, pero debo arriesgarme.

—Y en el caso de que Nathbel apareciese, ¿qué haríamos después? ¿Intentaríamos destruir al cazador otra vez? Si lo logramos, ¡Nathbel volvería a ser un ángel! Esto carece de sentido.

—Tranquila, ya he pensado en eso. Cuando ella aparezca huiremos lo más lejos posible para así vivir de una vez.

—¿Y si os encuentra? ¿Qué harás?

—Lo que he hecho anteriormente: correr.

—¿Y ser toda tu vida un fugitivo del mal?

—Sí. Lo prefiero a tener que vivir una vida entera sin ella.

—Veo que lo tienes todo pensado.

—Absolutamente.

—Supongo que no hay nada que podamos hacer para disuadirte.

—No.

—Que la Providencia nos asista... —susurró la médium a la vez que bajaba la mirada negando de nuevo con la cabeza.

—Nathan, no quiero meterme en esto, pero... —comentó Rose Marie—. ¿Has pensado que, si Nathbel regresa, también correrá el riesgo de morir a manos del cazador? Si ella vuelve, su vida también correrá peligro.

En aquel instante, le vinieron a la mente los desgarradores gritos de Nathbel, y la agonía se apoderó de su corazón. Por nada del mundo permitiría que aquello ocurriese de nuevo.

—Yo creo, Nathan, que si de verdad la quieres..., si de verdad la amas..., no deberíamos intentar esto. Es un riesgo innecesario con un alto precio que pagar.

—Lo sé. Pero yo cuidaré de ella. Ya no soy el Nathan de antes —dijo con tono sombrío.

—Ya veo... A pesar de que yo tampoco apruebo tu decisión, quiero que sepas que, tanto Eveline como yo, seguiremos a tu lado. Pase lo que pase.

—Gracias... Muchas gracias... —respondió con un hilo de voz.

—Escúchame, muchacho. Si te soy sincera, no sé cómo vamos a lograr lo que pretendes. Tendré que investigar en mis libros de rituales —dijo Madame Binot pensativa.

—¡Podríamos consultar en el libro de los hechizos! ¡Vamos a la biblioteca! —dijo saltando de su asiento.

—Tranquilo. El libro no está en la biblioteca —informó Rose Marie.

—¿No? Entonces, ¿dónde está?

—Esperad aquí —dijo la hermana de la médium incorporándose del sofá.

—La guardiana del libro guarda celosamente el secreto de dónde está escondido —dijo Eveline con cierto tono de mofa.

Tras esperar varios minutos, Rose Marie apareció con el libro entre las manos y lo depositó en el centro de la mesa ante la atenta mirada de Nathan. Abrió con cuidado el ejemplar y comenzaron a revisar con gran detenimiento cada página, cada párrafo y cada línea que contuviera.

—¡Nada! ¡No hay ningún ritual que nos sirva! —sentenció un rato después la médium entre una nube de polvo al cerrar el libro de golpe.

—Eveline, ¿y en tus manuscritos?

—Es igual, Nathan. Prácticamente todo está en este libro.

—¡Pues algo tiene que haber! ¡Algo que sirva!

—Creo recordar que existía un ritual para la invocación de un demonio... —dijo pensativa la anciana mientras pasaba rápido las hojas.

—¡Hermana! ¡No! ¡No podemos exponernos a la magia negra! ¡Siempre hay consecuencias!

—Calma, Rose Marie. Lo tengo presente.

—¿Magia negra?! —exclamó Nathan tragando saliva.

—Sí... Y no me gusta nada la idea. Tarde o temprano se paga un precio muy alto.

—¿Y qué conseguiríamos con eso?

—Quizá si invocásemos a un demonio y dejásemos que te viese... Tal vez así podríamos despertar de nuevo el rastro de caza. Aunque son meras suposiciones.

—¿Y si invocamos a Abhadon?

—Abhadon dejó de existir tanto en el plano terrenal como en el espiritual. En este caso, tendríamos que invocar a un demonio de su estirpe.

—¿A un cazador?

—Sí.

—Me parece buena idea. ¿Qué haría falta para realizarlo?
—dijo Nathan impaciente.

—Por lo que estoy leyendo, se trata de un ritual muy laborioso y requiere de alguien experto debido a su gran dificultad. También indica que se ha de evitar porque es extremadamente peligroso para quienes lo realizan.

Al escuchar las palabras de la médium, la respiración de Nathan se aceleró por momentos.

—¿¡Nathan, te encuentras bien?! —exclamó Rose Marie sujetándole por el brazo.

—Sí... No es nada. Es un simple mareo. Se me pasará en un momento —respondió al apoyarse sobre la mesa. No. No era un simple mareo ni tampoco la primera vez que le ocurría. Aquellos ataques de ansiedad fueron una de las muchas consecuencias que Nathan cargaba en su interior a raíz de su lucha con el cazador. Respiró profundamente durante varios segundos hasta que comenzó a sentirse mejor—. Respecto al ritual, yo confío en ti, Eveline —dijo retomando la conversación—. Sé que, con vosotras, todo saldrá bien.

—Gracias por tu confianza, hijo. Rose Marie, te necesitaré a mi lado para llevarlo a cabo.

—Te ayudaré en lo que necesites.

—Te lo agradezco, hermana. Está bien, empecemos ahora mismo. Quiero quitarme este mal trago cuanto antes. Según el libro, nos llevará tiempo tenerlo todo preparado. Nathan, de momento no puedes hacer nada. Mejor vete a casa y regresa esta noche sobre las once. Hacia la medianoche lo llevaremos a cabo.

—De acuerdo. Os deseo mucha suerte.

Se levantó para darles un fuerte abrazo a las dos.

—Ah, Nathan, una última cosa... No quiero que te hagas ilusiones —le advirtió la médium—. Aunque la invocación fuese bien, no tenemos garantías de que Nathbel regrese. Habrá que estar atentos a cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Entendido. Estaré de vuelta más tarde —dijo saliendo con Larky hacia el coche.

—¡A las once, recuerda! —gritó Rose Marie desde la puerta.

Nathan regresó a casa de sus abuelos con un sentimiento de emoción contenida, mezclada con otro poco de inquietud y bastante de temor por el ritual que le aguardaba aquella noche. Su estómago se retorció ante la sola idea de volver a encontrarse cara a cara con otra criatura como Abhadon. Pero si era necesario para que Nathbel regresara, así lo haría. Aquel sería el precio que debía pagar. O así lo creía.

Esperó con gran impaciencia a que la tarde se extinguiera para que llegase la noche con su manto oscuro sobre el horizonte.

Eran casi las diez de la noche cuando se dispuso a cenar frente a la televisión. Cualquier cosa le valía con tal de evadirse de sus pensamientos. Los nervios se acrecentaban a medida que el minuterero marcaba un minuto más en su vida. Si todo salía bien, podría estar a pocas horas de encontrarse con Nathbel. Por lo que el simple hecho de pensarlo hacía que las piernas le temblasen, las manos se le congelasen y el pulso se le acelerase. Y, por supuesto, provocaba que el estómago se le cerrase.

Cuando terminó de cenar, subió a su cuarto a cambiarse. Después de tres años viviendo en los recuerdos, aquella noche volvería a revivir todo lo que le supuso tanto dolor en el pasado. Debía ser fuerte y prepararse mentalmente para hacer frente a todo lo que pudiese ocurrir porque, en el caso de que el ritual funcionase, volvería a ver un cazador.

Eran cerca de las once y media cuando aparcó delante de la casa de Rose Marie. Se bajó del vehículo en silencio y se acercó hasta detenerse a escasos centímetros de la entrada de la casa. A pesar de la urgencia que le apremiaba, su puño se detuvo unos segundos antes de llamar a la puerta. Un recuerdo terrible de Abhadon le había nublado la mente y la

imagen de su maligna mirada le turbó el corazón. No. No estaba preparado para aquello, por mucho que odiase reconocerlo. A pesar de todo ese tiempo, los tres años no fueron suficientes para asumir todo el dolor y tanto sufrimiento. Sin embargo, no se dejó influenciar por sus pensamientos y, tras respirar profundamente, llamó con suavidad a la puerta. Varios segundos más tarde, insistió.

—¡Será posible! ¡¿Por qué nunca abren a la primera?! —pensó en alto.

—¡Psch! ¡Nathan! ¡Aquí! —escuchó una voz que le llamaba. Se giró extrañado y vio a Rose Marie asomada por un lateral.

—¡¿Se puede saber dónde estáis haciendo el ritual?! —Se acercó sin entender nada.

—Sssh..., guarda silencio. Eveline está terminándolo —dijo a la vez que se dirigían a la parte trasera de la casa.

Nada más llegar, Nathan descubrió con asombro numerosas velas encendidas que dibujaban un gran hexágono con un triángulo en su interior. Al observar con detenimiento, reconoció varios cirios apagados situados en cada una de las puntas. Rose Marie y él contemplaron con admiración cómo Eveline terminaba de realizar su minucioso trabajo.

—El ritual ya está listo... —anunció en voz baja la médium. Con cuidado, se levantó del suelo y se acercó a ellos.

—Eveline, ¿vamos a comenzar ya? —preguntó Nathan inquieto.

—No... A medianoche. Todavía faltan varios minutos —contestó mirando su reloj de pulsera. Nathan se angustió aún más al reconocer el rictus de tensión que reflejaba la cara de la anciana. Sabía que estaba a pocos minutos de vivir momentos difíciles, pero él solo pensaba en abrazar de nuevo a Nathbel—. Es la hora... —anunció Eveline un par de minutos antes de la medianoche—. Os diré lo que haremos. Rose Marie, cuando te señale, encenderás aquel cirio que tienes a tu derecha, y en sentido horario, irás haciendo

lo mismo con el resto a mi señal. Una vez haya terminado Rose Marie, te tocará a ti, Nathan. Con el cuchillo que tienes en esa bandeja de plata, deberás hacerte un pequeño corte en el dedo y dejarás caer seis gotas de sangre sobre el centro del triángulo. Tras la última gota derramada, deberás salir rápidamente del símbolo, por lo que pueda pasar... —alertó la anciana con gravedad.

—¿Y qué ocurrirá luego? —preguntó nervioso.

—Lo que nos tenga preparado el destino... —contestó nerviosa Madame Binot con una mirada de inseguridad—. Es la hora...

De pronto, el sonido grave y profundo del carillón de Rose Marie se hizo presente para anunciar la medianoche.

—¡Ahora! —gritó Eveline.

Con apremio, la vieja bibliotecaria encendió el primer cirio. Al mismo tiempo, Eveline comenzó a recitar en voz baja palabras que, para Nathan, eran imposibles de entender.

—¡Ahora! —volvió a gritar Madame Binot, por lo que Rose Marie encendió rápidamente el segundo cirio.

Al llegar al sexto y último de ellos, Eveline miró a Nathan para indicarle que estuviese preparado para su cometido. De mala gana, cogió el cuchillo y apoyó un dedo sobre el filo.

—¡¡Nathan, ahora!! —gritó.

—¡Sí! —respondió con gran decisión. Pasaron los segundos y la respiración se le agitó cada vez más.

—¡¡Nathan!! ¡¡Vamos!!

—¡¡Sí!! —contestó tragando saliva mientras contemplaba el brillo amenazador del filo sobre su dedo. El pulso le temblaba y, por más que quisiera, le era imposible cortar. Hasta que la sonrisa de Nathbel se iluminó en su mente y no le hizo falta nada más.

Con un rápido movimiento, deslizó el frío metal por su pulgar y notó cómo se abría la carne a su paso. Desde la profundidad del corte brotó la codiciada sangre que tanto necesitaba. Tras un leve quejido, apretó la herida para forzar

la caída de las gotas sobre el triángulo. Al caer la sexta, se apartó con cuidado de no tirar ninguna vela al salir del símbolo y se reunió a la carrera con las hermanas, que se mantenían expectantes de los acontecimientos. A partir de aquel momento, ninguno de ellos sabía qué ocurriría, pues habían cruzado la barrera de lo desconocido.

—Algo ha debido de fallar... —se extrañó Nathan al ver que todo seguía igual.

—No puede ser. ¡Lo hemos ejecutado a la perfección! —le corrigió Eveline pensativa.

—Nathan tiene razón, no ocurre nada. Algún error hemos debido de cometer, hermana.

—No, Rose Marie, no. Aquí pasa algo muy extraño —alertó la médium mirando inquieta a su alrededor—. Esta...
¡¡Esta es la calma que precede a la tormenta!!